LOS NUEVOS ACADEMICOS

SI ME ATREVO a escribir estas líneas, no es con la sabiduría y experiencia de los viejos académicos, ni con la petulancia y el arrojo de la inexperiencia, sino sólo como una nota de bienvenida de quien no ha olvidado el gozo que proporciona el reconocimiento de los méritos en la tierra propia, reconocimiento que lo lleva a uno a ocupar un sillón en la corporación médica más prestigiada de la patria, en la ya centenaria Academia Nacional de Medicina.

Por circunstancias especiales, me ha tocado vivir intensamente el lustro que llevo dentro de la Corporación, y he aprendido a quererla y a desear su superación y, además, he comprendido que para lograrla, la organización necesita de nuestro esfuerzo conjunto, para vencer las vicisitudes que en el futuro se presenten. Desde ahora, señores académicos de nuevo ingreso, estaréis íntimamente ligados a ellas y vuestra cooperación para resolver esos problemas siempre será apreciada.

Lo que debe caracterizar a la vida académica es el espíritu de universalidad; dentro de ella caben todas las manifestaciones de la cultura, y allí debe prevalecer siempre el humanismo.

Por otra parte, no se debe olvidar que a la Academia concurren siempre ilustres colegas dedicados a todas las ramas de la medicina y que, aunque su sabiduría es vasta, las comunicaciones muy especializadas se deben reservar para el seno de las sociedades, so pretexto de crear una moderna torre de Babel, como ya se dijo con motivo de la conmemoración del centenario de la corporación.

Debe además cuidarse de que los trabajos que lleguen al seno de la misma, no sólo sean sobre cosas bien hechas, sino que además sean cosas bien dichas y, hasta donde se pueda, breves, para no caer en aquello que señalaba Salvador Novo: "un cúmulo de cosas que uno supo y que ya ha olvidado y que ahora al volver a oírlas, no tienen el prestigio de lo antiguo, ni la seducción de lo muy reciente".

El ideal de la vida académica se encuentra expresado, como me lo hacía notar hace poco Latapí, en la alocución de bienvenida que dirigiera don Gonzalo Castañeda, hace 25 años, al hoy expresidente de la Corporación, doctor Clemente Robles; en ella decía: "Lo felicito a usted; su presente es ya honroso pero será mejor su porvenir; si aspira usted a la fama, haga escuela como Ignacio Chávez que ha fundado una generación que heredará su experiencia y su saber; investigue como Ignacio González Guzmán para que acreciente el caudal de la ciencia vernácula; usted, Robles, sabe bastante, pero es más lo que le falta por aprender; venga usted a las sesiones para que se impregne del juicio y la ponderación quirúrgica de Rosendo Amor; para que se nutra de la habilidad y el hacer de Gustavo Baz, admire el dominio de Darío Fernández y la inventiva de Rivero Borrell; acérquese a los príncipes; aquí está el Parnaso de la Medicina; aquí probará un pan hecho con harina flor. Hoy se abre para usted un nuevo capítulo en la historia de su vida; escríbalo con pluma de oro".

Algunos de esos maestros han desaparecido, aunque su memoria persiste, pero siempre será posible encontrar dentro de la Academia la misma inspiración, las mismas cualidades que señalaba don Gonzalo Castañeda. Que sea para ustedes el mismo deseo con que él terminaba su bienvenida.

DR. LEONARDO ZAMUDIO